

tenerla contra sus enemigos, en aquellos lugares donde habia tenido su cuna. Los barones unieron sus instancias, y declararon que estaban prontos á prodigar en favor de una causa tan noble sus bienes y sus vidas. Felipe no se dejó rogar mucho: inmediatamente envió un diputado al Papa; prometió ponerse en camino dentro de tres años para esta expedicion y mandarla en persona, á no sobrevenirle algun impedimento que fuese reputado legítimo á juicio de dos prelados del reino señalados por el Sumo Pontífice.

El Papa publicó la cruzada en consistorio: nombró por gefe de ella al Rey Felipe, y le concedió por via de subsidio las décimas de toda la Francia durante seis años. Para estos mismos fines reservó por seis años tambien á la iglesia romana las décimas de toda la cristiandad. Pero todos los proyectos sucesivos de cruzada traían consigo como impresa la suerte de dar en el momento de su ejecución contra un escollo que los hacia estrellarse. El año mismo señalado por el Rey Felipe, por sobrenombre hasta entonces el Afortunado, para efectuar su partida á la tierra santa, se vió empeñado por la Inglaterra en la guerra funesta que ha hecho desde entonces mirar á toda su estirpe, es decir, la estirpe real de Valois, como la mas desgraciada de cuantas han gobernado el imperio francés. Además de este obstáculo, la mudanza de ideas y la tibieza de los pueblos con respecto á estas expediciones de levante, fueron al parecer suficientes para que ésta

se frustrase. Ya no se advirtió entre los guerreros franceses aquel antiguo ardor en alistarse bajo las santas banderas. El Rey que le conservaba todo entero, creyó poder hacer uso de un fraude piadoso, para despertar en sus vasallos. Pidió al Papa que permitiese á los prelados el cruzarse, sin intencion de hacer el viage, y solamente para empeñar á las demás personas á tomar seriamente la cruz. El Sumo Pontífice no dejó de desaprobare esta proposicion (1). „La ficcion, respondió, es indigna de la causa de Dios, que es la verdad misma, y jamás será permitido hacer un mal para que de él resulte un bien. Temeríamos por el contrario, que esta doblez acarrease sobre la empresa la maldicion divina: ni tampoco es conveniente que se crucen muchos prelados en vuestro reino; esto podria ocasionar graves inconvenientes á la Iglesia y al estado.”

32. No fue esta sola la ocasion en que Juan XXII rehusó condescender á los deseos de Felipe de Valois, no obstante la perfecta inteligencia que mantenía con este Príncipe. Habiéndole pedido Felipe el arzobispado de Ruan para su cancelario Guillermo de San Mauro, el Papa se dió prisa á trasladar á él al docto Pedro Roger, arzobispo de Sens (2). A las quejas que le dió el Monarca, respondió el Pontífice: „los deberes del obispado son muy diferentes de los de la cancelaria, que conocemos muy bien por la esperiencia que de ellos hicimos eggerciendo estas funciones bajo el reinado de

(1) *Id. ann. 1333. num. 111.* (2) *Id. ann. 1331. num. 32.*

Cárlos II, Rey de Sicilia. ;Qué distante se halla del ministerio todo divino, en el que el pastor es deudor á su rebaño del egeplo de todas las buenas obras, de la inmolation de la víctima sagrada, de la aplicacion de los méritos de Jesucristo, del cuidado de apacentar las almas no menos que los cuerpos, de la ciencia de las cosas eternas, del conocimiento y de la curacion de todas las enfermedades espirituales, del discernimiento entre lepra y lepra, entre pecado y pecado, de la estirpacion de todos los vicios, y de la exhortacion á todas las virtudes! Príncipe, podreis traer á la memoria que os dije en cierta ocasion, que no era necesaria menos capacidad en los obispos que en los cardenales: y aun alguno que hice cardenal, no le habria admitido á ser arzobispo. Tal es la preeminencia divina del episcopado, que las miras humanas no han podido jamás hacer desconocer."

Poco despues, á instancias del Rey Felipe, promovió el Papa Juan al cardenalato á Elías de Tailleyrant, obispo de Auxerre, y hermano del conde de Perigord, pero que no era menos distinguido por su doctrina que por la nobleza de su sangre (1). Habiéndole rogado el Rey y la Reina casi inmediatamente, que hiciese otro cardenal francés, el Papa respondió en estos términos (2): „debo instruirlos ante todas cosas de las principales razones, sin las que no se deben crear cardenales. Estas no son otras que su corto número, ó su imposibilidad en

(1) *Baluz. vit. tom. 1. pag. 770.* (2) *Rain. 1331. num. 43.*

desempeñar sus funciones. Estas no existen al presente; el número de cardenales es mas bien excesivo que pequeño, comparado sobre todo con aquel que fue reputado suficiente antes de Clemente V. Desearíamos además que quisieseis tener el gusto de comparar el número de cardenales franceses con el de las otras naciones. Diez y seis de Francia, seis de Italia, y uno solo de España: ved aquí la porcion que os ha tocado en el repartimiento que el Padre comun de los fieles ha hecho entre los estados cristianos." Además del cardenalato, Juan XXII era tambien importunado de continuo sobre las expectativas y reservas que la corte solicitaba en favor de sus codiciosos favorecidos. Causa admiracion que este Pontífice, que sacudió tan fuertemente las trabas en que su predecesor habia dejado envuelta la tiara bajo una dominacion estrangera, no se ocupase con mas eficacia en restituirse á su independencia natural, de que podia gozar en el trono del Vaticano. Juan promovió todavia al cardenalato á Beltran de Autun, francés de nacimiento, pero justamente distinguido por la capacidad y la fortuna con que habia defendido la jurisdiccion eclesiástica. Este obispo llegó á hacerse tan recomendable al mismo Rey, que le fue permitido poner una flor de lis en sus armas.

33. Sin embargo, el Sumo Pontífice publicó que pasaria en todo el año á Italia, y que se estableceria en Bolonia con toda la corte romana (1). Con

(1) *Vill. lib. 10. cap. 107.*

esta noticia que fue seguida de cartas confirmatorias dirigidas á los boloñeses, todos los ciudadanos, hábilmente manejados por el legado de Lombardía, lisongeados con los planes de fortuna que cada uno formaba á su modo, se entregaron al Papa y á la iglesia romana, sin otra reserva que la conservacion de su libertad. Enviaron inmediatamente una embajada pomposa á Aviñon, para transferirle en forma el señorío de su ciudad, y suplicarle que acelerase su partida. Colmólos de caricias y de señales de honor y de benevolencia en la persona de sus embajadores; aceptó su sumision en nombre de la Iglesia, y prometió muchas veces en consistorio público, que iria sin falta á Bolonia en todo el curso del año. El legado de Lombardía que residia entonces en aquella ciudad, y que era Beltran de Poyet, cardenal obispo de Ostia, se puso inmediatamente á preparar la habitacion del Pontífice, y para palacio le hizo edificar un castillo grande y muy fuerte, contiguo á los muros de la ciudad (1). Edificó mas adentro hácia la plaza otro para él; y en fin señaló varios palacios para los otros cardenales. Todo este aparato no fue seguido de realidad alguna. El año se pasó entero sin que se verificase la llegada del Papa á Bolonia, ni se observasen á lo menos algunas tentativas serias para dejar la Francia. Pasóse otro año en la misma indiferencia y olvido de los intereses mas urgentes, á pesar de las instancias sin cesar reiteradas de una

(1) *Baluz. vit. tom. 1. pag. 780.*

parte, y de las promesas igualmente repetidas de la otra.

34. En fin, en la semana de Pascua del tercer año, no esperando ya los boloñeses que dejase de traerlos entretenidos, y persuadiéndose que el legado habia procedido con artificio á fin de levantar su fortaleza y subyugar la ciudad, tomaron súbitamente el partido de sublevarse; esparcieron un alarma general, tocando las campanas por espacio de muchos dias consecutivos, y luego se encaminaron todos juntos á acometer al legado en el castillo que habia construido. Tuviéronle allí encerrado diez dias, hicieron trincheras de circunvalacion á fin de cortarle todo socorro, y prohibieron bajo rigurosas penas llevarle víveres, ni cosa alguna de lo mas necesario. Entretanto gritaban con voz espantosa: ¡muera el legado Beltran, perezcan todos los franceses! Arrojáronse sobre el arzobispo de Brun, nuncio del Papa, sobre el obispo de Mirepoix, sobre su propio obispo, á cuyo palacio pusieron fuego, y sobre todas las personas adictas á la corte romana, abades, clérigos y legos, despojándolos de todo, hasta de los hábitos y libros. Maltrataron particularmente á los de la familia ó de la lengua de Beltran de Poyet, es decir, á los gascones, de los cuales fueron muchos asesinados. En fin, se vió reducido el legado á tratar de composicion, y á salir con todos los suyos de la ciudad y del castillo, el cual fue demolido hasta los cimientos. Volvió despojado de casi todo lo que tenia

á presentarse al Papa, el cual mandó inmediatamente hacer informacion contra los boloñeses. La muerte no permitió á Juan XXII ver el fin de este negocio.

35. Antes de terminar su carrera, debió experimentar otro disgusto, aun mas sensible tal vez y mucho mas afflictivo, porque se habia espuesto á él sin fundamento alguno. Este Pontífice de una alma grande y de genio elevado, por una de aquellas contradicciones del carácter que se encuentran muy á menudo en las mejores cabezas, entró en algunas sutilezas de escuela que tenian todo el aire de la novedad, y en favor de las cuales manifestó al principio una propension estraña (1). En el de 1331, el dia de Todos-Santos, dió á entender que los Santos no gozarian en el cielo de la vision beatífica hasta el dia del juicio final. Predicó la misma doctrina en el tercer domingo de adviento, y otra vez en la vigilia de la Epifanía. La fundaba sobre una glosa, entonces muy acreditada, de aquel lugar del Apocalipsis en que San Juan dice, haber visto bajo el altar las almas de los mártires. El Papa Juan pretendia en consecuencia, que los bienaventurados estarian hasta el dia del juicio bajo la humanidad de Jesucristo, figurada por el altar de Dios, y que entonces su felicidad consistiria en contemplar esta santa humanidad: que por el contrario, despues del juicio estarian sobre el altar, es decir, sostenidos por la humanidad del Salvador, verian

(1) *Baluz. vit. tom. 1. pag. 788. = Rain. ann. 1331. num. 13.*

en fin la Divinidad y las tres Personas divinas como son en sí mismas. Esta doctrina, contraria á la persuasion comun, escitó muchos rumores y algun escándalo. Los fraticelos cismáticos, furiosos contra este Papa que los habia condenado, hicieron sobre todo gran estrépito, y no dejaron de poner esta doctrina en el número de las heregías que le imputaban. Calmáronse no obstante los ánimos poco á poco, y en los dos años siguientes apenas se movió la cuestion.

36. Durante este intervalo, la reprehension pontificia se dirigió contra algunos frailes menores que continuaban en sostener el cisma en diversos países. En Italia, en Provenza, en las diócesis de Narbona y de Tolosa, el Papa hizo denunciar públicamente por escomulgados, y persiguieron con el auxilio del brazo secular á los bizoques ó fraticelos, que vivian y mendigaban juntos en aquellas provincias, teniendo en ellas capítulos y eligiéndose superiores, como si hubiesen profesado la vida religiosa bajo la proteccion de las leyes. En la parte meridional de la Italia, el obispo de Melfi y los inquisidores del pais tuvieron orden de proceder contra otros sectarios que se hacian llamar frailes de la vida pobre, y tenian por cabeza á un hombre ordinario, casi sin letras, llamado Angel. Con este director ignorante y osado, que habia salido del valle de Espoleto, no dejaron de sembrar muchos errores, y de insultar á la gerarquía, publicando indulgencias y oyendo confesiones aunque